

EL AUTÉNTICO LIBERALISMO ALEMÁN DEL SIGLO XIX

RALPH RAICO*

En este ensayo, se entenderá que el liberalismo se refiere a la doctrina que mantiene que la sociedad —es decir, el orden social menos el estado— más o menos se gobierna a sí misma, dentro de los límites de los derechos individuales garantizados. En la formulación clásica, éstos son los derechos a la vida, a la libertad y a la propiedad¹.

Ello se acerca más al significado francés de *libéralisme* que al significado que ha adquirido *liberalismo* en Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, e incluso en Alemania o en otros países. A este respecto, los franceses han permanecido fieles a la concepción original e histórica de *liberalismo*. No es casualidad que la expresión francesa *laissez faire* se emplee en todo el mundo como sinónimo de la economía que funciona libremente.

Entender el liberalismo como basado en la capacidad autorreguladora de la sociedad es incluso, creo, necesario desde el punto de vista metodológico, para que se nos permita, como escribe Anthony de Jasay, distinguir el liberalismo de otras ideologías². No hay, sin embargo, espacio aquí para argumentar a favor de esta tesis.

En los últimos años se han producido algunos avances muy interesantes con respecto al tratamiento del liberalismo.

En primer lugar, la atención académica ha experimentado un gran desplazamiento desde el socialismo, y especialmente el marxismo, hacia el liberalismo. Ello tiene que ver con determinados

* Publicamos este importante artículo en homenaje a Ralph Raico, recientemente fallecido. Traducido por Blanca Briones González.

¹ Véase la obra de Ralph Raico, «Prolegómenos a una Historia del Liberalismo», *Journal des Economistes et des Etudes Humaines*, vol. 3, nos. 2/3, pp. 259-272.

² Anthony de Jasay, *Elección, Contrato, Consentimiento: Una Reformulación del Liberalismo* (Londres: Institute of Economic Affairs, 1991), p. 119.

acontecimientos conocidos de la política mundial, a saber, el colapso de los regímenes socialistas «existentes reales», que ha venido acompañado del reconocimiento general de que la propiedad privada y la libre empresa son indispensables para el fomento de la riqueza de las naciones.

En segundo lugar, se está tomando una creciente conciencia de la estrecha conexión entre la ideología liberal y lo que se ha denominado «el milagro europeo» —es decir, el avance hacia un crecimiento económico sostenido que ha caracterizado a Europa y a sus ramificaciones a escala mundial, incluida América³. Tras épocas de enorme esfuerzo dedicado al escrutinio de la historia de las fantasías socialistas, los académicos parecen empezar a darse cuenta de la necesidad de examinar con más profundidad los cimientos institucionales de nuestra propia sociedad y al mismo tiempo las ideas que acompañaban la evolución de esas instituciones.

Por último, existe una conciencia reforzada de que las ideas liberales nunca se han limitado a las naciones angloparlantes. Tal solía ser la opinión generalizada en Gran Bretaña y Estados Unidos. Por tomar un ejemplo: durante mucho tiempo, prácticamente el único pensador liberal francés del siglo XIX que se debatía era Alexis de Tocqueville. Incluso los grandes estudios sobre el pensamiento liberal —por ejemplo, la obra de dos volúmenes de John Plamenatz de Oxford⁴ no *mencionaron* siquiera a Benjamin Constant, y hasta tiempos recientes no se encontraban disponibles en inglés algunos de los escritos políticos más importantes de Constant⁵.

Y si tal es el caso con Benjamin Constant, resulta fácil imaginar cuán poca justicia se ha hecho con el grupo *Censeur Européen*, con Frédéric Bastiat, Gustave de Molinari, o con el sinfín de otros cola-

³ Ralph Raico, «La Teoría del Desarrollo Económico y el “Milagro Europeo”», en Peter J. Boettke, ed., *El Colapso de la Planificación del Desarrollo* (Nueva York: New York University Press, 1994).

⁴ John Plamenatz, *Hombre y Sociedad* (Londres: Longman, 1963), 2 volúmenes.

⁵ Benjamin Constant, *Escritos Políticos*, Biancamaria Fontana, ed. (Cambridge: Cambridge University Press, 1988).

Sobre el significado de Constant para la historia del liberalismo, véase Philippe Nemo, *Histoire des idées politiques aux temps modernes et contemporains* (París: Quadrige/PUF, 2002), págs. 620-669.

boradores del *Journal des Économistes*, que fue editado en París durante un siglo por parte de sucesivas generaciones de escritores — hasta junio de 1940— y que ha sido la mejor publicación liberal que se ha publicado en el mundo.

Existe también, por ejemplo, un incipiente interés entre los académicos anglófonos por la gran tradición de los pensadores de la escolástica tardía de finales del siglo dieciséis y principios del siglo diecisiete, que sentaron las bases de la economía moderna. Además del tratamiento de estos autores, principalmente españoles, en la *Historia del Pensamiento Económico* de Murray Rothbard y en algunas obras pioneras anteriores, ahora tenemos la obra de Alejandro Chafuen, de la Fundación Atlas, que ha destacado la gran importancia de aquellos en su estudio, *Fe y Libertad*⁶. Cabe mencionar también la atención creciente a los economistas liberales italianos de finales del siglo diecinueve y principios del siglo veinte, que contribuyeron de manera importante a las teorías de la escuela de la elección pública.

Resulta cada vez más obvio el hecho de que el gran armazón de la doctrina liberal ha sido el éxito, no solo de los británicos y los estadounidenses, sino también de otros muchos pueblos —empezando por los austriacos.

También se ha dado un creciente interés por el liberalismo alemán. Esta tradición se ha descuidado indebidamente durante décadas, sobre todo después de lo que se consideró una derrota ignominiosa en el período imperial tardío.

Oswald Spengler habló en nombre de la escuela nacionalista-autoritaria de su época cuando escribió: «En Alemania hay principios detestados y vergonzosos; pero en territorio alemán sólo el liberalismo es despreciable⁷». La aversión de Spengler fue secundada por muchos otros a lo largo del espectro político, una aversión que iba en proporción al «doctrinarismo» de árida consistencia de los principios liberales adoptados.

⁶ Murray N. Rothbard, *Historia del Pensamiento Económico en una Perspectiva Austriaca*, vol. 1, *Pensamiento Económico hasta Adam Smith* (Aldershot, Ing: Edward Elgar, 1995), pp. 97-133; Alejandro A. Chafuen, *Fe y Libertad: El Pensamiento Económico de los Escolásticos Tardíos* (Lexington Books: Lanham, Md, 2003).

⁷ Oswald Spengler, *Preussentum und Sozialismus* (Munich: C. H. Beck [1919] 1921), p. 33.

Paul Kennedy, de la Universidad de Yale, escribe sobre «el puro veneno y el odio ciego detrás de muchos de los ataques en Alemania al *Manchesterismo*⁸». Este término, «Manchesterismo», era una etiqueta abusiva —una *Schmähwort*. Tal y como señaló en 1870 Julius Faucher, líder del partido del libre comercio, fue inventado por Ferdinand Lasalle, el fundador del socialismo alemán. A continuación circuló entre la prensa *conservadora* y finalmente, como escribió Faucher, terminó por «componer el alfa y la omega de la sabiduría política», incluso para el gobierno prusiano⁹. Durante décadas constituyó una norma incluso en las publicaciones académicas, supuestamente neutrales desde el punto de vista de los valores.

Está claro que no puede cuestionarse que el liberalismo alemán nunca fue el equivalente de, por ejemplo, el pensamiento liberal francés. Sin embargo, si se analiza, las contribuciones políticas e incluso intelectuales del auténtico liberalismo alemán resultan evidentes.

Un concepto fundamental empleado por muchos historiadores en las últimas décadas ha sido el *Sonderweg* de Alemania —su camino especial o peculiar de desarrollo histórico. Sea cual fuere el valor heurístico que pudiera tener este concepto, no hay duda de que se ha aplicado en demasía. Al fin y al cabo, Alemania no es Rusia. La experiencia alemana incluía: las ciudades libre de la Edad Media; el escolasticismo y la doctrina del derecho natural enseñados en las universidades; el Renacimiento y la Reforma; el auge de la ciencia moderna; y un papel destacado en la Ilustración del siglo dieciocho.

La experiencia de doce años del Nacional Socialismo, con todas sus atrocidades, fue terrible. Pero no debería llevarnos a olvidar que durante mil años antes de Hitler, Alemania fue una parte esencial de la civilización occidental.

⁸ Paul Kennedy, *El Ascenso del Antagonismo Angloalemán, 1860-1914* (Londres: Allen and Unwin, 1980), p. 152.

⁹ Citado en la obra de Ralph Raico, *Die Partei der Freiheit: Studien zur Geschichte des deutschen Liberalismus*, (*El Partido de la Libertad: Estudios en la Historia del Liberalismo Alemán*) traducción de Jörg Guido Hülsmann (Stuttgart: Lucius and Lucius, 1999), p. 29.

Dietheim Klippel es un destacado académico del liberalismo alemán de finales del siglo dieciocho¹⁰. Ha sugerido algunos de los factores políticos que en diferentes períodos han condicionado la aceptación de un concepto con una carga o bien *negativa* —o, en ocasiones, *positiva*— del *Sonderweg* alemán, o camino especial de evolución histórica. En concreto, Klippel efectivamente ha criticado la opinión de Leonard Krieger, autor de una obra influyente sobre las ideas alemanas de la libertad¹¹. El libro, se queja Klippel, enfrentaba «una peculiar actitud alemana hacia la libertad» con una concepción (indefinida) «occidental». Pero la cuestión es que, además de los publicistas y académicos influenciados por los fisiócratas franceses, existía en la Alemania del siglo dieciocho «una extensa corriente de ideas democráticas y liberales en todas las gamas posibles».

Klippel ha prestado especial atención a la escuela de derecho natural alemana más reciente, que sucedió a la doctrina de derecho natural de la escuela de Christian Wolff, más antigua y orientada hacia el absolutismo. Metodológicamente bajo la influencia de Kant e inspirada por John Locke desde el punto de vista del contenido, esta escuela proporcionó una teoría de la prioridad de la sociedad civil frente al Estado; de la propiedad privada, la empresa privada y la competencia como el fundamento de la sociedad autorreguladora; y de la necesidad de proteger la vida social frente a la usurpación estatal.

Klippel subraya que la posición económico-liberal de estos académicos «apuntaba directamente en contra de la posición legal de sectores de la burguesía», contra los gremios pero igualmente «contra los monopolios y privilegios de fábricas y molinos». En este punto destaca una faceta de la lucha de clases que los autores que se centran en la concepción marxista del conflicto de clases, en lugar de en la liberal, confunden de manera sistemática.

En el siglo diecinueve, sin embargo, esta escuela de derecho natural fue completamente eclipsada por la doctrina hegeliana, entre otras.

¹⁰ Véase la obra de Raico, *Die Partei der Freiheit*, pág. 15.

¹¹ Leonard Krieger, *La Idea Alemana de la Libertad: La Historia de una Tradición Política* (Chicago: University of Chicago Press, 1972).

Una figura clave en el liberalismo alemán de finales del siglo dieciocho ejerció una gran influencia, si bien poco valorada, en la historia del liberalismo europeo en general. Se trata de Jakob Mauvillon, de origen hugonote francés¹². Uno de los numerosos puestos que ocupó Mauvillon en su vida relativamente corta, pero muy activa, fue el de profesor de política en Brunswick. Aunque habitualmente se le clasifica como fisiócrata, Mauvillon en realidad tomó como modelo en teoría económica al gran Turgot, cuyas *Réflexions sur la formation et la distribution des richesses* tradujo y publicó.

Mauvillon era, de hecho, más «doctrinario» —un defensor más coherente del *laissez faire*— que cualquiera de los autores franceses de la época. Defendió la privatización de todo el sistema educativo desde las escuelas primarias hasta las universidades, del sistema postal y del mantenimiento del clero. Incluso contempló la idea de que, en condiciones óptimas, todo el aparato estatal de provisión de seguridad también podría ser privatizado.

Mauvillon llevó a cabo una incansable publicidad de su causa y es probable que sus ideas en algún momento penetrasen en el mundo de los altos oficiales en Berlín, que en la década de 1790 prestaban cada vez más atención al lema: «Libertad [de Propiedad]: Poseer, Disfrutar, Ganar».

Pero el canal más importante con diferencia de la influencia de Mauvillon fue a través de un amigo de 20 años de Lausana que se mudó a Brunswick, para quien Mauvillon fue una especie de figura paterna, además de un mentor. Ese joven amigo era Benjamin Constant. Kurt Kloocke, en su excelente biografía intelectual de Constant, llega a afirmar que: «Es imposible sobreestimar la importancia de Mauvillon en la evolución intelectual de Constant¹³». Constant extrajo de Mauvillon la base de su idea de la libertad como *libertad del estado*. Asumió del pensador alemán «la exigencia de un reconocimiento absoluto de la religión como el componente básico de una esfera libre del estado».

El racimo conceptual de la libertad personal, el imperio de la ley y el *laissez faire* que constituía el núcleo del liberalismo de Cons-

¹² Raico, *Die Partei der Freiheit*, pp. 19-20.

¹³ Kurt Kloocke, Benjamin Constant. *Une biographie intellectuelle* (Ginebra: Droz, 1984), pág. 58.

tant, reflejaban a la perfección la filosofía política de Mauvillon, incluida la necesidad urgente de mantener el sistema educativo libre de la intervención del estado.

He destacado este episodio del impacto de Jakob Mauvillon en la formación del pensamiento de Benjamin Constant por una serie de razones.

En primer lugar, porque es prácticamente desconocido, y además es de interés intrínseco. Asimismo, ilustra el carácter *internacional* de la doctrina liberal, el intercambio de ideas dentro del espacio cultural común de la civilización occidental. Por último, por la gran importancia de Benjamin Constant. Hayek defendía que los grandes liberales del siglo diecinueve fueron Tocqueville and Lord Acton. En mi opinión, si tuviera que elegir una única fuente del liberalismo de ese siglo, sería Benjamin Constant.

La Ilustración alemana generó uno de los grandes clásicos del pensamiento liberal, traducido al inglés con el título *The Limits of State Action* (Los Límites de la Acción Estatal), de Wilhelm von Humboldt. Tanto Hayek como Mises consideraban esta obra la más elevada expresión del liberalismo clásico en lengua alemana. El libro de Humboldt, así como la filosofía de Immanuel Kant, constituyeron una reacción fundamentada contra el *Polizeistaat*, el estado de bienestar del siglo dieciocho, que era un elemento central del absolutismo estatal de la época.

Mientras tanto, el liberalismo económico plasmado en las ideas de Adam Smith había penetrado en el mundo académico alemán, especialmente en Gotinga y en Königsberg, donde Christoph Jakob Kraus, amigo íntimo de Kant, era su principal defensor. Los profesores desempeñaron un papel en la generación del *Beamtenliberalismus* (Liberalismo Burocrático) que dio lugar a reformas liberales, especialmente en Prusia, incluidas las reformas de la era Hardenberg-Stein.

Dado este florecimiento de ideas liberales en la Alemania del siglo dieciocho, ¿qué ocurrió para que cambiaran las cosas? ¿Por qué se dio tal cambio de opinión en la cultura política alemana?

No cabe duda de que una razón principal, quizá *la* razón principal del cambio, se encuentre en la historia política y militar del período: básicamente, el intento por parte de la Francia revolucionaria de conquistar y gobernar toda Europa.

Los Jacobinos que ascendieron al poder durante la Revolución se comprometieron a imponer sus ideas a Europa a punta de bayonetas francesas. Los derechos del hombre, la soberanía popular, la Ilustración francesa con su odio hacia las tradiciones inmemoriales y las creencias religiosas de los pueblos europeos, se impondrían mediante el poder militar. Con este objetivo, los victoriosos e irresistibles ejércitos franceses invadieron, conquistaron y ocuparon gran parte de Europa.

Como es natural, estos ejércitos invasores, que traían consigo una ideología foránea, despertaron hostilidad y resistencia contra esa ideología, en una combativa reacción nacionalista. Así ocurrió en Rusia y en España. Así ocurrió, sobre todo, en Alemania. Se identificaron el individualismo, los derechos naturales y los ideales universalistas de la Ilustración con los odiados invasores, que sometieron y humillaron al pueblo alemán. Esta identificación supuso una carga que el liberalismo en Alemania habría de acarrear desde ese momento.

La moraleja que razonablemente podría extraerse de aquella experiencia es la siguiente: si deseas extender las ideas liberales a pueblos extranjeros, a la larga el *ejemplo* y la *persuasión* resultan mucho más efectivos que las pistolas y las bombas.

En las décadas de 1830 y 1840, la explosión demográfica que afectaba a Alemania y a otros países se intensificó. Había señales de creciente pobreza por doquier, a la cual el sistema heredado, todavía en gran medida mercantilista, no podía hacer frente¹⁴.

Éste es el trasfondo socioeconómico del ascenso del partido alemán de libre comercio.

El libre comercio, en el sentido de la supresión de barreras al comercio internacional, ya había avanzado de manera considerable en los estados alemanes, sobre todo en Prusia. El Zollverein, o la Unión Aduanera, liderada por Prusia, estaba creando una zona de libre comercio cada vez mayor dentro de la Confederación alemana. Además, en aquel momento Prusia había avanzado más en el camino al comercio libre internacional que ninguna otra nación de Europa, incluida Inglaterra.

¹⁴ Véase la obra de Raico, *Die Partei der Freiheit*, pp. 23-25 y la literatura allí citada.

El objetivo del partido de libre comercio era difundir los principios del liberalismo económico en todos los ámbitos de la vida económica. Desde la década de 1840 hasta mediados de la década de 1870 —primero en los estados alemanes y luego en la Alemania unificada— este movimiento tuvo un efecto poderoso y duradero en las instituciones alemanas. Sentó las bases para el espectacular crecimiento económico del país durante ese período y posteriormente.

Más que nadie, John Prince Smith fue el creador de este movimiento de libre comercio y su figura destacada desde la década de 1840 hasta cerca de su muerte en 1874¹⁵. Para Wilhelm Roscher, de la «Vieja Escuela Histórica», era «el líder de toda esta corriente» [el libre comercio], mientras que el historiador económico británico W. O. Henderson, le denominó el gran rival de Friedrich List.

Prince-Smith, como se le solía llamar en Alemania, es un claro ejemplo de las influencias extranjeras en el liberalismo alemán, puesto que nació en Londres en 1809, de padres ingleses. Se mudó a la Prusia oriental en 1831, donde se convirtió en profesor en un instituto (liceo). Después se trasladó a Berlín y se convirtió en periodista.

Una de las escasas influencias que reconoció en su pensamiento fue la de Jeremy Bentham, la cual quedaba clara tanto por su acentuado positivismo jurídico como por su insistencia en abordar todas las cuestiones económicas desde un punto de vista estrictamente utilitarista.

Sin embargo, en un sentido fundamental Prince-Smith está mucho más cerca de los liberales franceses de la época: a los escritores de la escuela *Industrialiste*, Charles Dunoyer y Charles Comte; a Bastiat; y a sus sucesores. Mientras que el utilitarismo de Bentham era indefinido en cuanto a la «agenda» del estado, Prince-Smith se atenia a una postura estricta de mínima intervención del estado y de *laissez faire*: «Para el estado, el libre comercio no concede más tarea

¹⁵ Sobre Prince-Smith y sus seguidores, véase Raico, *Die Partei der Freiheit*, pp. 49-86, *passim*; también ídem, «John Prince Smith y el Movimiento del Libre Comercio Alemán [3]», en Walter Block and Liewellyn H. Rockwell, Jr., eds., *Hombre, Economía y Libertad: Ensayos en Honor de Murray N. Rothbard* (Auburn, Ala: Ludwig von Mises Institute), pp. 341-351.

que la mera producción de seguridad» («*la production de la securité*» era el eslogan de la *Industrialiste* por la única función que permitían al gobierno). Esta regla era necesaria, opinaba Prince-Smith, para contrarrestar la dinámica de la expansión del estado, mediante la cual el estado intenta «acaparar el mayor número posible de funciones, para amarrar para sí el mayor número posible de intereses económicos».

Con el propósito de establecer un movimiento basado en el modelo de la Liga Contra las Leyes de Cereales, en 1846 —el año de la derogación de las Leyes de Cereales en Inglaterra— Prince-Smith congregó a una serie de dirigentes empresariales y publicistas para formar una Asociación Alemana de Libre Comercio; se establecieron ramas de la Asociación en Hamburgo, Szczecin y otras ciudades del norte de Alemania.

Fue en esta época cuando Prince-Smith reunió en torno a sí un grupo de jóvenes brillantes e idealistas con ambiciones periodísticas, para quienes él ejercía de mentor en materia económica. Les inspiró con el evangelio del libre comercio, pero ése era sólo el punto de partida. En palabras de uno de los hombres más sobresalientes entre estos jóvenes, Julius Faucher, el libre comercio era simplemente «la aparición de la primera cuña en el aparato del bienestar y la máquina que fabrica felicidad (en que habían convertido al estado los epígonos del siglo dieciocho en el continente)». Los deberes del estado deben limitarse a actuar como el «portador y custodio de la fuerza necesaria para la defensa de la justicia y de las fronteras». Dicho de otra manera, defender frente a agresores internos y externos. Pero, añadió Faucher de manera significativa en la década de 1860, «si fuera necesario, también para la expansión de las fronteras».

El movimiento de 1848 para la reforma constitucional liberal tuvo escaso efecto en Prince-Smith. Sus esfuerzos continuaron centrados en las mejoras económicas. Ni él ni Faucher atrajeron la atención de los hombres de la Asamblea de Frankfurt, que precisamente estaban concentrados en las cuestiones que Prince-Smith consideraba secundarias: la libertad política y el cambio constitucional.

Prince-Smith reconoció rápidamente el valor incomparable que tenían las obras de Frédéric Bastiat para su causa, y tradujo y publi-

có las *Harmonías Económicas* de Bastiat en 1850. De hecho, si algún espíritu «extranjero» presidía el movimiento alemán de libre comercio, no era principalmente inglés, sino el francés, en la forma del pensamiento de Bastiat.

En sus inicios Prince-Smith había demostrado su desacuerdo con los pronósticos pesimistas de Malthus y Ricardo sobre la tendencia del nivel de vida de las clases trabajadoras y del conjunto de la sociedad. Encontró en el optimismo de Bastiat —que era característico de la escuela francesa en general— una confirmación y una ampliación de sus propias opiniones. Se ha señalado que el éxito de los librecambistas se debe en gran medida a que no presentaron su programa como un conjunto de demandas *ad hoc*, ni de reformas fragmentarias, sino como deducciones extraídas de una filosofía social global e inteligible, a saber, el *laissez faire* de Bastiat.

La ciencia económica, tal como está ejemplificada en las obras de Bastiat, demostró que la manera de conseguir que «manos ociosas» llenaran «estómagos vacíos» es mediante la acumulación de *capital*. Las intervenciones del gobierno y los impuestos elevados tendían a reducir dicha acumulación de capital, y a crear así pobreza. Un obstáculo fundamental era el presupuesto militar. Prince-Smith había mantenido desde hacía mucho una postura antimilitarista, la cual era característica de Bastiat y también de la escuela inglesa de Manchester.

Un apunte interesante es que la metodología de Prince-Smith y sus seguidores era la tradicional de la política económica clásica británica, a saber, la de la ciencia deductiva. Por este motivo recibían ataques de los miembros de la Escuela Histórica Alemana. Así, el famoso *Methodenstreit*, o disputa sobre el método económico que Gustav Schmoller, líder de la Escuela Histórica, mantuvo con Carl Menger, fundador de la economía austriaca, ya se había dibujado en la disputa sobre el método entre los economistas históricos y los librecambistas alemanes.

Gran parte de la actividad de Prince-Smith en esta fase consistía en tratar de persuadir a los liberales *políticos* alemanes de la conveniencia del libre comercio, pues muchos de los líderes liberales del sur y el oeste de Alemania eran proteccionistas. También le preocupaba que «si los librecambistas no alimentan lo bastante al pensamiento popular, se convertirá en la tarifa ofrecida por los socia-

listas». En aras de convertir a los círculos radicales y democráticos, los discípulos de Prince-Smith recurrieron al periodismo en Berlín, defendiendo un programa que uno de ellos definió como «del máximo radicalismo político... con el objetivo de separar la corriente democrática de los esfuerzos socialistas y comunistas».

De hecho, lo que habían ideado Faucher y los demás era una forma de anarquismo individual, o, como se denominaría en la actualidad, *anarcocapitalismo* o *anarquismo de mercado*. Esto ocurrió en las década de 1840. Resulta interesante observar que al mismo tiempo, en París, Gustave de Molinari se encontraba proponiendo, de forma más sistemática, la doctrina de la generación *privada* de seguridad¹⁶. Mucho después la postura de Molinari fue continuada por Murray Rothbard y, más recientemente, por mi amigo el Profesor Hans-Hermann Hoppe¹⁷.

Este temprano interludio anarquista de los librecambistas alemanes —que el propio Prince-Smith no aprobaba —posteriormente resultó ser un motivo de profundo bochorno para ellos, cuando se hubieron convertido en miembros respetables del sistema en la Alemania imperial.

En 1858 se fundó el Congreso de Economistas alemanes, que reunía a los principales defensores de la causa, muchos de los cuales habían sido conducidos hasta ella por Prince-Smith durante los anteriores veinte años de su labor. Desde 1860 hasta su muerte, Prince-Smith estuvo al frente de la Sociedad Económica de Berlín; su casa era un punto de encuentro para políticos prusianos, entre ellos los líderes del Partido Progresista Alemán y posteriormente del Partido Liberal Nacional. En 1863, comenzó a aparecer la *Revista Trimestral de Economía, Política e Historia Cultural*. Órgano del partido de libre comercio, la revista se publicó durante los siguientes treinta años bajo la edición de Faucher, Karl Braun y otros.

La *Revista Trimestral*, la Sociedad Económica de Berlín, el Congreso y la influencia informal de políticos y funcionarios, fueron

¹⁶ Véase la página web del Institut Molinari, situado en Bruselas: <http://www.institutmolinari.org/>

¹⁷ Véase, por ejemplo, la obra de Murray N. Rothbard, *Poder y Mercado: el Gobierno y la Economía* (Menlo Park, Cal.: Institute for Humane Studies, 1970); y la obra de Hans-Hermann Hoppe, *Democracia: El Dios que Fracasó. Economía y Política de Monarquía, Democracia y Orden Natural* (New Brunswick, N. J.: Transaction Publishers, 2001).

todos elementos del mismo movimiento, facetas del mismo activismo, y todos estaban inspirados, en una u otra medida, por la obra de John Prince-Smith.

Él falleció en 1875, consciente de que había contribuido cuanto había podido a la realidad de una Alemania unida, poderosa y comprometida con el libre comercio.

En lo referente a economía política, Prince-Smith se opuso a la «ley de hierro de los salarios» proclamada por Ferdinand Lasalle, que calificó de verdadera «regla de oro», «la cual tiene el efecto de elevar [a los trabajadores] a un modo de vida cada vez más cómodo». (De alguna manera Leonard Krieger, de la Universidad de Chicago, reconocido historiador del liberalismo alemán, fue capaz de captar esta idea —probablemente, la doctrina más conocida de Prince-Smith— de forma completamente errónea). «La capitalización», declaró Prince-Smith, «significa aumento de salarios».

En el ámbito de la sociología histórica, Prince-Smith muestra una sorprendente similitud con el materialismo marxista histórico, sobre todo en su temprano ensayo «Sobre el Progreso Político de Prusia» (1843).

Las principales afirmaciones de Prince-Smith incluyen la manifestación de que las instituciones sociales y políticas están determinadas por la «base material»; es decir, que en la sociedad moderna ha surgido un grado de productividad «que supera con mucho todos los anteriores»; que una creciente cantidad de capital ha dado lugar a una vasta clase de trabajadores asalariados; y que el orden económico capitalista se extenderá hasta abarcar todo el mundo. Estas afirmaciones parecen las primeras páginas de *El Manifiesto Comunista*, con los signos invertidos y cinco años antes de que ocurriera.

Prusia, sostenía Prince-Smith, está entrando en la etapa en que el elemento feudal debe *necesariamente* disminuir en el ámbito interno, y las relaciones comerciales pacíficas se convierten en la norma en los asuntos exteriores. Esta «primacía» de lo económico —la opinión de Prince-Smith de que el poder de las fuerzas económicas llevará de manera inexorable a un orden político liberal— era la premisa subyacente al interludio anarcocapitalista de los jóvenes librecambistas.

Este episodio anarquista, por breve que fuera, tuvo graves repercusiones en la postura política de los librecambistas. Una vez hubieron abandonado el anarquismo, permaneció el desdén por la libertad política en el sentido de la participación ciudadana en política, y el odio por el partidismo político en la forma en que lo practicaban los políticos opositores.

A lo largo de la década de 1850, las ideas del libre comercio se consideraban cada vez más una parte vital de la respuesta a la explosión demográfica y la crisis de la economía alemana. En 1858 los librecambistas, que habían aparecido en escena en varios lugares de Alemania y que en su mayoría eran periodistas y activistas, se organizaron en el Congreso de Economistas Alemanes, el cual se convirtió en el centro institucional del movimiento del libre comercio y existió hasta 1885¹⁸.

Muchos miembros de la élite progresista de Alemania estaban asociados con el Congreso. Entre los participantes había líderes de los distintos partidos liberales y miembros de los parlamentos alemanes, sobre todo de la Cámara de Diputados prusiana y posteriormente, en el período de la Confederación Alemana del Norte y del Imperio alemán, del Reichstag. A menudo asistían influyentes burócratas de Prusia, de otros estados alemanes y posteriormente del Imperio.

El medio más importante para difundir las opiniones del Congreso entre el público en general era la prensa. Muchos de los principales periódicos estaban en manos de miembros del Congreso. En efecto, la situación era tal que el presidente del grupo de presión proteccionista de la industria pesada, la Unión Central de Industriales Alemanes, se quejó de que «la totalidad de la prensa es decididamente librecambista»; las opiniones «manchesterianas» del Congreso habían penetrado en todos los círculos sociales. Adolph Wagner, uno de los principales Socialistas de la Presidencia, se caracterizaba por refunfunar ante el supuesto control de la prensa de Berlín por parte de los judíos librecambistas.

Uno tras otro, los principales problemas económicos que tuvo que afrontar Alemania se abordaron detalladamente en las confe-

¹⁸ Véase la obra de Volker Hentschel, *Die deutschen Freihändler und der volkswirtschaftliche Kongress, 1859-1885* (Stuttgart: Klett, 1975).

rencias del Congreso y se procuraban soluciones. Con la creación de la Confederación Alemana del Norte en 1867, los líderes del Congreso, ahora principalmente agrupados en el nuevo Partido Liberal Nacional, favorable al gobierno, pusieron su experiencia al servicio de su país.

Este período fue el punto culminante de la actividad práctica del movimiento del libre comercio. Otto Michaelis, que formaba parte del círculo de allegados de Prince-Smith, trabajaba con Rudolf Delbrück en el Ministerio de Hacienda. Miembros del Congreso en el Reichstag lideraron la lucha por la libertad de movimiento y por la abolición de las limitaciones de los tipos de interés. Se abolieron las restricciones financieras al derecho a contraer matrimonio, así como la prisión por deudas. El Código Industrial de 1869 suprimió los gremios obligatorios, los exámenes obligatorios de acceso a profesiones, la restricción de determinadas industrias a las ciudades y la prohibición de dedicarse a más de una línea de producción al tiempo, entre otras medidas. Karl Braun, presidente vitalicio del Congreso, se jactaba, de manera justificada, de que ninguna otra asociación en Europa podía exhibir logros similares.

Después de 1871, las reformas liberales fueron incorporadas a la estructura legal del Reich y se implementaron otras reformas, por ejemplo, una divisa única sobre la base del patrón oro (otra propuesta del Congreso). Las políticas promovidas por el Congreso constituían cada vez más la base de la actividad gubernamental. Parecía que el libre comercio había barrido el terreno.

En 1878, sin embargo, el hombre que había llevado a cabo esta política, el héroe de los librecambistas, Otto von Bismarck, Ministro-Presidente de Prusia y Canciller alemán, cambió de parecer y el mundo de los librecambistas sufrió un vuelco de la noche a la mañana.

El gobierno de Guillermo I introdujo reformas militares —básicamente, el aumento del control del monarca sobre el ejército— lo cual provocó la oposición del principal organismo de liberales parlamentarios. Siguió un punto muerto. El conflicto entre el gobierno y la Cámara de Diputados, controlada por los liberales, se intensificó. Surgió un clima de opinión en el país, donde incluso la palabra «revolución» se había puesto de moda.

En medio de esta crisis, el rey situó a Otto von Bismarck al frente del ministerio. En pocas palabras, Bismarck ignoró de forma despectiva a la Cámara de Diputados y a los liberales, implementó las reformas del ejército y continuó con su programa de unificar Alemania. Dos guerras exitosas, contra Dinamarca en 1864 y después contra Austria y otros estados alemanes en 1866, condujeron a la creación de la Confederación Alemana del Norte, bajo el liderazgo prusiano en 1867. (Finalmente, en 1870-71 la Guerra Franco-Prusiana selló la unificación de Alemania). Los liberales parlamentarios estaban divididos acerca de la cuestión del apoyo a Bismarck.

El grupo de Prince-Smith en la Cámara de Diputados, reducido pero influyente, y que incluía, además de al propio Prince-Smith, a Julius Faucher y a Otto Michaelis; naturalmente se puso de parte de Bismarck, al que habían admirado desde el principio por sus opiniones librecambistas y por su liderazgo en la unificación alemana. No vieron motivo alguno para oponerse a un ministerio que estaba demostrando ser tan complaciente con la reforma económica, especialmente considerando que para ellos las cuestiones constitucionales se encontraban intrínsecamente subordinadas a los extremadamente importantes temas económicos.

La primacía que Prince-Smith postulaba de las fuerzas económicas sobre las políticas implicaba para él y para sus seguidores una evolución automática hacia el estado mínimo. Su concepción muy limitada y completamente condicionada a la economía no dejaba margen a ningún interés profundo por trabajar para levantar barreras constitucionales concretas al poder del gobierno —ésta surgirían por sí solas, como consecuencia del progreso de la economía.

Esta postura, sostenían, era la postura sistemáticamente liberal. Prince-Smith y su escuela habían llevado la distinción entre sociedad y estado a un punto en que los únicos derechos que consideraban de vital importancia eran aquéllos ejercidos dentro de la esfera de la sociedad, los derechos que constituían la esencia de la «libertad moderna» de Benjamin Constant. Los derechos políticos eran, en el mejor de los casos, valores instrumentales, que servían para reforzar los derechos fundamentales, especialmente los derechos a la propiedad y a celebrar contratos. Si, bajo unas determinadas cir-

cunstances, ocurría que los derechos de la sociedad civil se podían garantizar de mejor manera mediante la *restricción* de derechos políticos —si, por ejemplo, el gobierno, en lugar del parlamento elegido mediante el voto popular, demostrara apoyo a las libertades económicas, o se encontrara en una mejor posición para materializarlas— no resultaría difícil para los librecambistas ponerse del lado del gobierno.

Sin embargo, existían peligros relacionados con el hecho de desatender lo que Constant había denominado el sistema de garantías. Cuando, en 1863, la *Revista Trimestral* proclamó de manera bastante grandilocuente: «La política está muerta, y sólo la economía ocupa el territorio conquistado», lo que se anunciaba no era la muerte de la política *per se*. Estaba claro que el estado prusiano no tenía intención de desvanecerse. En cambio, lo que estaban proclamando los librecambistas era el fin de toda preocupación por los acuerdos constitucionales. Pareciera como si el temprano compromiso de muchos de ellos con el anarquismo hubiera dejado tras de sí una repugnancia permanente por la lucha política. Mientras que para el liberalismo occidental tradicional, incluido el liberalismo uniforme de Prusia en aquel momento, esta lucha era una característica necesaria y persistente del empeño liberal, los librecambistas se inclinaron hacia la línea de los Fisiócratas franceses, por ejemplo. Preferían trabajar con quienes detentaban el poder político, en lugar de oponerse a ellos. La cuestión de si una economía libre estaría segura en ausencia de un sistema constitucional libre era, no obstante, una pregunta pendiente de respuesta.

Como la mayoría de liberales prusianos, los librecambistas ahora hablaban de *Realpolitik* y de «el poder de los hechos». Naturalmente, apoyaban efusivamente el Proyecto de Ley de Indemnización, mediante el cual Bismarck pretendía conciliar la oposición constitucional y al mismo tiempo suspender cualquier garantía relativa a la futura conducta del gobierno. Los liberales más coherentes, como Waldeck, Schulze-Delitzsch, Hoverbeck, Virchow y, aún fuera del parlamento, Eugen Richter, rechazaron la propuesta. Los librecambistas fueron de los primeros en abandonar el Partido Progresista en 1867 para formar el nuevo Partido Liberal Nacional. En adelante, el liberalismo alemán se dividió en (al menos) dos facciones. Por lo demás, Ludwig von Mises considera en *Gobierno*

Omnipotente que esta derrota en el conflicto constitucional de la década de 1860 significó el verdadero final del liberalismo alemán¹⁹.

Durante un tiempo, el punto de vista de los Liberales Nacionales pareció justificado, pues trabajaron con Bismarck después de 1867 para sentar las bases institucionales de una economía liberal en Alemania. En 1879, sin embargo, Bismarck disolvió el «pacto» con los Liberales Nacionales del libre comercio y dio un giro hacia el proteccionismo y el socialismo de estado.

Quedó demostrado que la estrategia de Prince-Smith y sus seguidores era una ilusión.

Mientras tanto, otro acontecimiento adquirió gran relevancia.

En 1869, en Eisenach, se había formado el Partido Social Demócrata de Alemania, liderado por Bebel y Liebknecht. Una reacción típica del bando del libre comercio fue la de Julius Faucher, para quien el socialismo representaba nada menos que un «peligro para toda la civilización». Debe tenerse en cuenta que esto ocurrió mucho antes de Eduard Bernstein, mucho antes de que el revisionismo se convirtiera en el programa efectivo de los socialistas alemanes. Llegados a este punto, ellos, como la mayoría de los socialistas europeos, estaban predicando la abolición total de la propiedad privada en los medios de producción. Es comprensible que Faucher y sus amigos, como otros liberales de Europa, vieran a los socialistas como los enemigos declarados de la sociedad civilizada.

Éste es el contexto de la última obra de Prince-Smith, un extenso ensayo titulado «El Estado y la Economía²⁰».

Aunque había reiterado permanentemente que su objetivo era contribuir a elevar el nivel de vida de la gente trabajadora, Prince-Smith nunca había demostrado lo que podría denominarse un aspecto «sentimental-humanitario», a la manera de Viktor Böhmert, por ejemplo; otro líder del Congreso de Economistas Alemanes. Con todo, su último ensayo es notable en cuanto a la pronunciada dureza de su tono y enfoque. Prince-Smith se revela como un darwinista de pleno derecho, al afirmar que en realidad hacía

¹⁹ Ludwig von Mises, *Gobierno Omnipotente: El Ascenso del Estado Total y la Guerra Total* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1944), pp. 19-45.

²⁰ Véase la obra de Raico, *Die Partei der Freiheit*, pp. 77-86.

tiempo que los economistas habían entendido el mensaje central del darwinismo, que él considera la incesante competición por la supremacía entre las formas de vida.

Prince-Smith rompe por completo con su mentalidad anterior sobre el militarismo y la guerra, y llega a ridiculizar las mismas posturas que él mismo había defendido cuando era un joven libre-cambista. Condena las propuestas para introducir la milicia y reducir de manera drástica el presupuesto militar. Se burla de aquellos que creen que «cada nación únicamente es conducida contra su voluntad hacia guerras instigadas por los gobiernos».

Desdeñando de manera implícita la campaña llevada a cabo por Richard Cobden, manifiesta intentos bien intencionados de abolir la guerra mediante inútiles tribunales de arbitraje.

Los liberales que predicán constantemente contra la guerra están ciegos a la realidad, se niegan a ver, en su concentración unilateral sobre la economía (sic), la existencia e influencia del «sentido del estado» de las personas. A través de este «sentido del estado», el «débil individuo» se identifica con una poderosa comunidad y una entidad política «que despliega un poder imperioso y obliga al mundo a mostrarle respeto».

En un pasaje que parece que se hubiera redactado para confirmar la doctrina marxista de la mistificación ideológica bajo el capitalismo, Prince-Smith llega a afirmar que el impulso de identificarse con la comunidad —es decir, el estado— resulta también valioso porque nos ayuda «a superar gran parte de las privaciones», y «nos permite soportar más fácilmente la adversidad».

Critica a aquellos que erróneamente creen que la única función del estado es generar «la seguridad imprescindible para el trabajo y la propiedad con el menor gasto posible». Tal había sido, por supuesto, la misma postura que él mismo había defendido durante décadas.

El economista, insinúa Prince-Smith, debe aprender del político profesional, para quien la vida en el estado es «la fuente de una vigorizante y alentadora conciencia de uno mismo».

Prince-Smith aboga por el poder del estado no sólo externamente, sino también internamente. Se opone al gobierno parlamentario, al control fiscal por parte de la Cámara de Diputados y a la responsabilidad de los ministros frente a los parlamentos, en

lugar de frente al rey y el káiser. Resucitando un argumento empleado por los fisiócratas franceses en nombre de «le despotisme légal», Prince-Smith afirma que la monarquía dispone de la misma ventaja aplicable a una finca con un propietario permanente y un administrador, en contraste con la depredación de una serie de inquilinos temporales. Curiosamente, Prince-Smith parece haber previsto de esta forma la evolución del gobierno democrático hacia un mecanismo de fiscalidad sin control y de redistribución de la riqueza de los miembros productivos de la sociedad.

Prince-Smith teme las consecuencias del sufragio universal que Bismarck introdujo en la constitución del nuevo Reich para destruir el poder electoral de las clases medias liberales. La pura verdad, según Prince-Smith, es que las personas no son conscientes de sus verdaderos intereses y se dejan seducir fácilmente por los demagogos. Si dependiera de ellos, respaldarían los ataques confiscatorios a la propiedad o, como él había observado ya en la Asamblea Nacional de Frankfurt de 1848, limitarían la competencia en aras de preservar los privilegios de uno u otro grupo de productores. Resulta inadmisibles que la existencia continuada de la sociedad se deje en manos de personas ignorantes y grupos egoístas de intereses privados.

Prince-Smith considera que la sociedad capitalista está sometida a una carrera contra el tiempo. Años atrás, había estado convencido de que la prosperidad llegaría al poco de la introducción de un mercado libre, «siempre que el estado no devore demasiado de aquello que se produce». En este punto, su optimismo anterior — así como su actitud de censura hacia los gastos del estado, especialmente los militares— se había desvanecido.

Así, no resulta sorprendente que en este punto finalizase con una nota pesimista: «la cuestión de si las personas pueden alcanzar entendimiento antes de que se produzca un daño demasiado grande, es, por desgracia, bastante incierta».

«El Estado y la Economía» demuestra cuánto se había alejado Prince-Smith de sus anteriores posturas liberales ante la amenaza socialista. El reinado indiscutido del monarca, el estado y su poder como el bien supremo, la pronta aceptación de la guerra y la promoción de valores irracionales como sustitutos de un cálculo económico subjetivo que a corto plazo podría manifestarse en contra

del orden de mercado —todo ello se acepta como medio para rescatar a la sociedad de las masas autodestructivas lideradas por los demagogos socialistas.

Con esta obra final, Prince-Smith se sitúa en la línea de los pensadores liberales que recurrieron al estado autoritario como defensa ante el socialismo revolucionario. Es posible que el primero de esta línea haya sido Charles Dunoyer, en el período de la Monarquía de Julio. Al cabo de un tiempo, Boris Chicherin, el principal pensador liberal de la Rusia del siglo diecinueve —quien, por cierto, se había convertido al liberalismo económico leyendo a Bastiat— llegaba a conclusiones similares. Chicherin escribió, «Viendo este movimiento comunista [en Rusia], nada le queda al liberal sincero salvo apoyar el absolutismo²¹».

Este cambio de rumbo, apostasía en realidad —desde el liberalismo radical al apoyo a un gobierno autoritario— puede denominarse el «síndrome de Pareto», en honor a su más célebre ejemplar.

El historiador alemán Wolfgang Mommsen ha escrito sobre la «deficiente resistencia del liberalismo» al Fascismo en las primeras décadas del siglo, especialmente en Italia, pero también en Alemania. Él lo atribuye a la incapacidad de los liberales para lidiar con los «nuevos problemas de la sociedad de masas industrial²²».

Hay algo de verdad en esta interpretación, pero sólo si estos «problemas de la moderna sociedad industrial» se entienden de una determinada manera. El «problema» central que suscitó un cierto giro liberal hacia el estado autoritario fue la aparición de un movimiento político que reivindicaba la lealtad del grueso de la clase trabajadora industrial y que proponía la destrucción del orden social basado en la propiedad privada. Tanto si se basaba en el sufragio universal, como ocurrió en la época de Prince-Smith; o además en medios violentos, como en el período de la Internacional Comunista; los socialistas radicales que plantearon esta amenaza dejaron a muchos liberales europeos «desconcertados», tal y como lo expresó Mommsen. En Italia, liberales como Pareto, Alber-

²¹ Victor Leontovitch, *Geschichte des Liberalismus in Russland* (Frankfurt/Main: Klostermann, 1957), p. 142.

²² Wolfgang Mommsen, *Der europäische Imperialismus: Aufsätze und Abhandlungen* (Göttingen: Vandenhoeck and Reuprecht, 1979), pp. 167-168.

to de Stefani y Luigi Einaudi apoyaron la toma del poder de Mussolini. Lo hicieron, no por una inclinación hacia el «antimodernismo», sino por miedo a la imposición de una dictadura terrorista leninista en Italia.

Fue, sin duda, una tragedia histórica, en parte porque el movimiento liberal, que había empezado proyectando un mundo de libertad casi ilimitada, como en los primeros ensayos de Prince-Smith, en ocasiones terminó poniéndose del lado del estado autoritario bajo presiones históricas. Pero debemos preguntarnos: ¿Quién fue el responsable en última instancia?

Prince-Smith y su grupo buscaron la colaboración con el poder político para impulsar la causa liberal. Al final, su plan fracasó. Al mismo tiempo otro líder liberal seguía una estrategia alternativa: la consecución de una sociedad libre mediante la implantación de garantías constitucionales y la consolidación del elemento democrático en Alemania. Ese líder era Eugen Richter.

Eugen Richter (1835-1906) fue el más importante defensor del auténtico liberalismo en la era del Segundo Imperio alemán, desde la década de 1870 hasta los primeros años del siglo veinte²³. Richter siempre abogó por la propiedad privada y la libertad de intercambio, el libre cambio internacional, el imperio de la ley y el respeto por los derechos de las minorías, y el antiimperialismo, el antimilitarismo y la paz. Junto a Ludwig Bamberger —gran admirador, una vez más, de Bastiat— fue el principal opositor del estado del bienestar de Bismarck. Argumentó contra el creciente antisemitismo en Alemania, al cual Bamberger finalmente sucumbió como víctima política.

De principio a fin, Richter denunció el ascendente movimiento socialista. El socialismo, sostenía y argumentaba en detalle, no sólo conduciría a la pobreza universal, sino también a un nuevo régimen autoritario, más opresivo de lo que había sido el Prusianismo anteriormente. Para Richter, la causa liberal era toda su vida y al final sacrificó su modesta fortuna, así como su salud, por sus principios.

²³ Véase la obra de Raico, *Die Partei der Freiheit*, págs. 87-151 y *passim*; también de Raico, «Eugen Richter y el Tardío Liberalismo Manchesteriano Alemán: Reevaluación», *Revisión de la Economía Austriaca*, vol. 4 (1990), págs. 3-25.

Hoy se ha olvidado a Eugen Richter, a excepción de algunos especialistas. Sin embargo en su época fue una figura célebre en la política alemana. Fue el brillante líder, si bien en ocasiones demasiado autoritario, del Partido Progresista y posteriormente del *Freissin*, las expresiones políticas del «liberalismo de izquierda» alemán, o liberalismo «determinado» (*entschieden*) a lo largo de treinta años en el Reichstag Imperial alemán y la Cámara de Diputados prusiana. Además fue un periodista incansable, editor de un periódico de tirada diaria en Berlín y de muchos libros y panfletos. Su breve obra imaginativa, *Imágenes de un Futuro Socialista*, fue traducida a muchos idiomas y vendió muchos miles de copias. También se ganó la animadversión de los socialdemócratas alemanes de su tiempo y de los historiadores socialistas desde entonces.

Aparte de un pequeño grupo de amigos y socios políticos, las opiniones sobre Richter han sido en su mayoría bastante negativas. Su «rigidez», «dogmatismo» y «doctrinarismo criticón» han sido atacados reiteradamente.

Sin embargo, hasta sus enemigos se vieron obligados a concederle ciertos talentos extraordinarios. Incluso Bismarck —su mayor enemigo— admitió que Richter «era ciertamente el mejor orador que teníamos. Muy bien documentado y concienzudo; con maneras poco serviciales, pero un hombre de carácter. Incluso ahora no se deja arrastrar por el viento». Otro rival político —esta vez de la esfera liberal— afirmó que Bismarck dejó de asistir a las sesiones del Reichstag por miedo a las dotes para el debate de Richter. Max Weber declaró que Richter era capaz de mantener su inquebrantable posición de poder en el partido liberal a pesar de su impopularidad personal por su gran adicción al trabajo y en particular por su conocimiento incomparable del presupuesto del gobierno. Fue el último diputado capaz de discutir con el ministro de guerra sobre cada pfennig.

Richter estudió ciencias políticas con Dahlmann y Mohl, y finanzas públicas con Karl Heinrich Rau, quien se encontraba entonces en la cúspide de su liberalismo económico. Comenzó a asistir a reuniones del Congreso de Economistas Alemanes y a escribir artículos para la prensa.

Richter creyó profundamente en el Partido Progresista cuando en 1867 el grupo que habría de convertirse en los Liberales Nacio-

nales claudicó ante Bismarck en relación con el conflicto constitucional ocasionado por el proyecto de ley para la reforma del ejército a principios de la década de 1860. Los Liberales Nacionales siguieron siendo el principal grupo liberal a lo largo de la década de 1870, hasta que Bismarck dio un giro hacia el proteccionismo en 1879. Entonces los liberales económicos, liderados por Ludwig Bamberger, abandonaron los Liberales Nacionales y formaron durante un tiempo «La Secesión». Pronto se unieron a los Progresistas para formar el *Deutschfreisinnige Partei*, liderado por Richter.

Hacia 1884, Richter encabezó un partido unificado liberal de izquierda que contaba con más de 100 escaños en el Reichstag. El Príncipe Heredero Federico, el más liberal de los Hohenzollern, iba a ascender al trono. Parecía que al fin había llegado la hora del liberalismo en Alemania.

Pero las dotes políticas de Bismarck se aseguraron la pérdida masiva de escaños del partido de Richter en las dos siguientes elecciones, y cuando Federico se convirtió en emperador en 1888 ya se encontraba gravemente enfermo de cáncer. Pese a todo, durante otras dos décadas Richter creyó profundamente en los mismos principios liberales que parecían cada vez más obsoletos e irrelevantes.

La piedra angular de la filosofía social de Richter era la interdependencia de la libertad política y económica. En sus propias palabras, «La libertad económica no puede tener seguridad sin la libertad política, y la libertad política únicamente puede encontrar su seguridad en la libertad económica». A lo largo de su carrera había librado una «guerra de dos frentes» contra el «pseudoconstitucionalismo» bismarckiano y un reavivado mercantilismo por un lado, y contra el ascendente movimiento socialista por otro lado. Esta estrategia de una «guerra de dos frentes», por cierto —de combatir tanto a los conservadores reaccionarios como a los socialistas— fue la norma para los liberales europeos del siglo diecinueve al menos desde la época de Benjamin Constant.

La adopción del proteccionismo por parte de Bismarck dio lugar a una crítica por parte de Richter y de otros liberales que analizaron esta política en términos sorprendentemente similares a aquellos empleados por la escuela moderna de la elección pública. Bismarck desempeñaba el papel de «empresario político», em-

pleando la terminología actual. Richter analizó lo que estaba aconteciendo en el Reichstag de forma cáustica y brillante, a medida que los intereses en el hierro y el acero se unían con los agricultores del este del Elba. Los beneficios de la política de Bismarck se *concentraban* entre aquellos que eran subvencionados, mientras que los costes se *dispersaban* entre los desafortunados consumidores.

Pero Richter parece no haber sido consciente de cómo este análisis debilitaba su propia posición política. Los Liberales Nacionales habían sido «traicionados» por Bismarck. En concreto, los liberales económicos de la escuela de Prince-Smith habían visto cómo su estrategia de alianza con los poderes existentes era llevada a la ruina cuando esos poderes simplemente cambiaron de opinión. Pero la estrategia de Richter consistente en reforzar el poder del Reichstag contra el gobierno resultó ser *igualmente* inútil. Los auténticos liberales demostraron carecer de poder frente a la lógica de la política electoral de masas de las sociedades democráticas, lo cual lleva al estado a una constante expansión a través del triunfo de los intereses particulares de búsqueda de rentas.

Mientras tanto, lo que quedaba de los Liberales Nacionales continuaba claudicando en una cuestión tras otra. Incluso antes de la Secesión, los Liberales Nacionales eran la facción líder que apoyaba la *Kulturkampf* (lucha de culturas) de Bismarck contra la Iglesia Católica. También los Progresistas asumieron esta cruzada anticatólica, especialmente Rudolf Virchow, aunque el propio Richter se mostraba tibio, con su apoyo ocasional. Los Liberales Nacionales respaldaron las leyes antisocialistas; el abandono del libre comercio por parte de Bismarck y su introducción del estado del bienestar; la germanización coaccionada de los polacos en Prusia oriental; la expansión colonial y la *Weltpolitik*; y el crecimiento militar, y especialmente naval, con Guillermo II.

Junto con Bamberger, Richter era el principal rival en el Reichstag de la creación del estado de bienestar moderno por parte de Bismarck²⁴. Los liberales tenían una serie de argumentos convincentes. En última instancia, sostenían, el estado de bienestar generaría lazos y sentimientos de dependencia del estado por parte de

²⁴ Véase la obra de Raico, *Die Partei der Freiheit*, pp. 153-179.

los ciudadanos. Tal era, de hecho, el propósito expreso del programa del estado de bienestar de Bismarck.

En sus últimos años, Richter fue el principal combatiente contra la política de *Weltpolitik*, o política mundial, de Guillermo II. Richter se oponía al colonialismo alemán, igual que los liberales franceses se oponían al colonialismo en Argelia, el resto de África y el sudeste asiático. Su postura militar era que Alemania debía tener fuerzas suficientes para fines defensivos. Pero la absurda y costosa *surenchère* con Francia y Rusia en cuanto a gastos militares y al crecimiento del ejército, en opinión de Richter, tendía a suscitar sospechas y hostilidad. Él era, por encima de todo, un luchador incansable contra la creación por parte del Káiser de una gran armada transatlántica alemana. El almirante von Tirpitz reconoció abiertamente a Richter como su enemigo más peligroso en la cuestión de la armada. Pero Richter defendía continuamente que Alemania no necesitaba una armada tan colosal, y —además— generaría antagonismo con Inglaterra. Al final, por supuesto, tenía razón.

Richter conservó seguidores fieles y comprometidos hasta el final. Los partidarios de los Liberales Nacionales solían provenir de bancos, grandes negocios proteccionistas y capitalistas que tenían intereses en la expansión imperialista. Los conservadores obtenían su apoyo del sector proteccionista agrícola. Los Socialdemócratas reclamaban cada vez más de la clase trabajadora industrial. Aquellos que permanecían fieles al auténtico liberalismo formaban un grupo mucho menor: las clases profesionales (excepto los maestros de escuela y el clero); pequeños empresarios; hábiles artesanos; y la pequeña comunidad empresarial judía, especialmente en Berlín. Uno de los compañeros liberales de Richter describió el partido de Richter como: el partido del hombre pequeño, que confía en sí mismo y en sus facultades, que no exige regalos del estado, sino que únicamente desea que no se le impida mejorar su situación según sus facultades, y que se esfuerza en dejar a sus hijos un destino mejor que el que le ha sido deparado.

Los auténticos liberales alemanes han caído por completo en el olvido. Actualmente, las figuras que son reconocidas como liberales alemanes de principios del siglo veinte son hombres que fueron, de hecho, colectivistas y precursores del estado totalitario.

Un ejemplo notable es Walter Rathenau. Sobre este místico colectivista, F. A. Hayek escribió en *Camino de Servidumbre*:

Aunque se habría estremecido si se hubiera dado cuenta de las consecuencias de su economía totalitaria, sin embargo [Rathenau] merece un lugar notable en cualquier historia más exhaustiva del desarrollo de las ideas nazis. A través de sus escritos ha determinado, probablemente más que ningún otro hombre, las opiniones económicas de la generación que creció en Alemania durante [la Primera Guerra Mundial] e inmediatamente después; y algunos de sus colaboradores más estrechos formarían posteriormente la columna vertebral del personal de la administración del Plan de Cinco Años de [Hermann] Göring²⁵.

Hayek añade a Walter Rathenau el nombre de Friedrich Naumann. Muchas de sus opiniones, afirma Hayek, eran similares a las de Rathenau y eran «características de la combinación de socialismo e imperialismo», que se convirtió en la ideología dominante en Alemania.

La culminación de este supuesto «liberalismo» llegó en 1933. Para entonces el llamado partido «liberal» había asumido, convenientemente, el nombre de *Staatspartei*, el Partido Estatal. Los «liberales» del Reichstag habían sido reducidos en número a cinco. Cuando Adolf Hitler propuso la Ley Habilitante, en marzo de 1933, la cual entregaba el control total de la sociedad alemana a los nazis, los «liberales» del Partido Estatal votaron *a favor* de la Ley. Los únicos miembros de este último Reichstag casi-independiente que tuvieron el honor de votar *en contra* de la Ley Habilitante fueron los Socialdemócratas. Los verdaderos liberales deben de desear que hubiera sido al revés. Entre los «liberales» que votaron a favor de la toma de poder nazi se encontraba Theodor Heuss, posteriormente el primer presidente de la República Federal y el primer líder del Partido Libre Democrático.

Sólo después de la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial resurgió en Alemania algo parecido a un liberalismo genuino, inspirado en parte por los austriacos Ludwig von Mises y Friedrich

²⁵ F. A. Hayek, *Camino de Servidumbre* (Chicago: University of Chicago Press, 1944), p. 174

Hayek, quienes habían preservado la herencia liberal del siglo diecinueve para el veinte²⁶.

* * *

Este ensayo se imprimió originalmente en 2004 por la Ecole Polytechnique, CENTRE DE RESEARCH EN EPISTEMOLOGIE APPLIQUEE, Unité associée au CNRS.

²⁶ Véase la perspicaz observación de Erich Streissler, en ídem, *Wie Liberal waren die Begründer der österreichischen Schule der Nationalökonomie?* (Viena: Carl Menger Institute, 1987), p. 24: «A través de Menger su escuela se convirtió en un transmisor del liberalismo económico, en un momento en que en otros países no le sonreía la fortuna. Esta escuela asumió una “causa perdida” por entonces, y amamantó al liberalismo en su punto de mayor decadencia —especialmente en el período de entreguerras».